



TEATRO Y
ECOLOGÍA

Por Juan Antonio Hormigón

Tengo un amigo, inteligente y culto, brillante intelectual y director de escena de un país hispanoamericano en vías de desarrollo que se desliza imparable hacia el tercer mundo, que arguye su mejor rictus de desdén cada vez que oye hablar de ecología. A renglón seguido suele espetar: «Me irritan los que defienden las ballenas y se olvidan de los seres humanos, y no dicen nada de los millones de gentes que mueren de hambre.» Algo discutimos pero sin éxito. Pienso yo: ¿es tan diferente una cosa de la otra?

¿Por qué nos preocupa la ecología? ¿Se trata solamente de un problema superficial, estético, benefactor, incluso inventado, o es una cuestión básica que afecta al presente y futuro de la supervivencia de nuestra especie? ¿Existe relación entre las agresiones a la naturaleza y las formaciones económicas existentes? ¿Nos encontramos ante una creencia idealista o fundamentalista, o por el contrario se trata de hechos objetivos que hacen referencia a la economía y la concepción del mundo, a la vida y a los seres humanos? A estas y otras preguntas puede cada cual responder como mejor prefiera, buscar las informaciones que le permitan hacerlo, documentarse adecuadamente; de lo que no cabe duda es de que podemos estar alimentando un monstruo que puede arrastrar a la especie a situaciones sin retorno y a poner en riesgo la biología sobre el planeta tal y como hoy la entendemos.

Volviendo a las ballenas y a mi amigo, quizás la cosa no sea tan clara o al menos la ciencia ficción que se ha ocupado de ello así nos lo muestra. En una de las películas de la serie *Star Trek*, no recuerdo ahora el número que hace, vemos la llegada a las proximidades de la tierra de un artefacto espacial que emite una señal y aguarda respuesta.

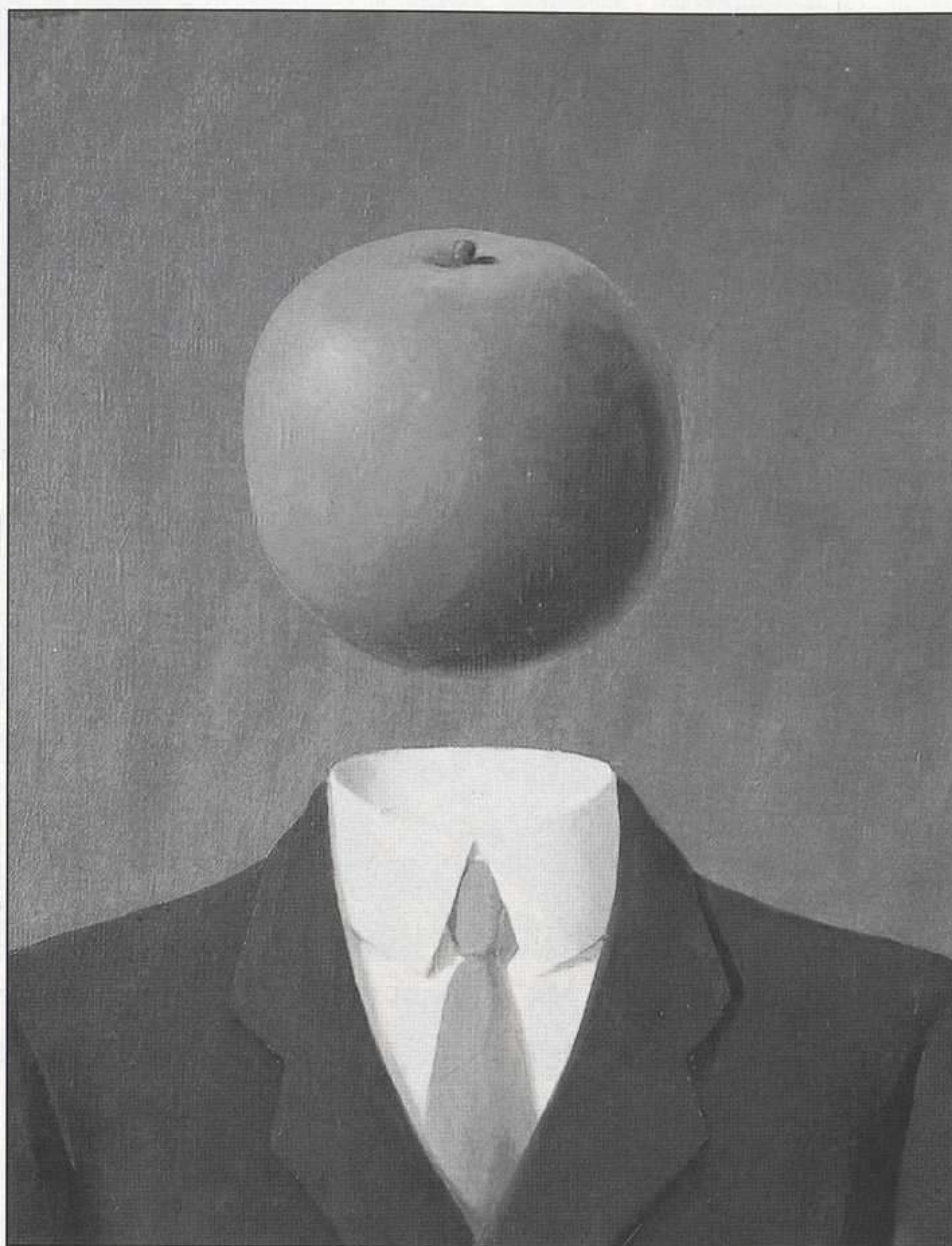
Al no recibirla, pone en funcionamiento un mecanismo de condensación de nubes en torno al planeta que provoca lo que enunciamos habitualmente como «invierno nuclear». Estudiada la señal se descubre con estupor que se trata de la «llamada» de las ballenas y sólo si ésta se produce se recuperará la normalidad atmosférica y con ello la vida que corre el riesgo de desaparecer, sólo que las ballenas se extinguieron hace muchísimos años. La aventura concluye bien, con fantasía incluida, pues hay que traerlas del pasado: misión nada fácil como puede suponerse. Al margen de consideraciones fílmicas, ¿tienen algo que ver las ballenas con nosotros y nuestro futuro? ¿Podemos sinceramente ponerlo en duda?

2

De forma consciente y con intencionalidad precisa, las diferentes formas de expresión artística solo en época reciente han abordado la cuestión ecológica. Quizás el cine se ha fajado más que nadie en esta tarea por sus especificidades expresivas y narrativas. Su capacidad de mostrar a través de las imágenes las diferentes relaciones de los seres humanos con la naturaleza, propicia que podamos en muchos casos percibir una vertiente ecológica tras argumentos del más variado signo.

Explícita es por supuesto *El Oso* de J.J. Arnaud, pero otro tanto me atrevería a decir de filmes como *Bailando con Lobos* o *La selva esmeralda*, en los que la agresión contra la selva o los bisontes, se une a la destrucción de culturas indígenas de la amazonía o del pueblo sioux. Podríamos seguir dando ejemplos, pero lo importante es observar cómo la voluntad depredadora ilimitada ejercida por quienes detentan el poder y tienen herramientas o armas más poderosas y letales que las de los agredidos, determina en todos los casos semejan-

tes comportamientos: un poder a veces lejano, del que sólo se percibe el rostro de sus sicarios que son quienes destruyen, incendian, asesinan... o construyen autopistas, aeropuertos o embalses destrozando el habitat: su flora, su fauna, su cultura, sus gentes. De instrumento de progreso la técnica se torna entonces en máquina depredadora.



No siempre es tan explícita sin embargo, la relación entre estos comportamientos y una determinada forma de civilización, y de ésta con un sistema económico basada en el encomio de la posesión de bienes materiales de forma privada e individual a costa de lo que sea, con un concepto de progreso que hace caso omiso de la suerte de poblaciones enteras, del habitat y su equilibrio. Esa concepción del mundo y ese sistema económico engendran un enajenado impulso depredador hacia la fauna, la flora, los ciclos, los mares, el subsuelo y los seres humanos que forman parte de todo ello. Ni leyes ni elecciones van a detener su ferocidad por sí solas y hace falta algo más contundente, bastante más, para ponerle coto y doblegarlo.

De seguir así, se perfila ya el destino trágico de este concepto de civilización que reposa en el deseo de poseer y en la depredación ilimitada que conducirá al planeta a la asfixia, lo ahogará en sus propios residuos y lo puede llevar al desastre. Por supuesto que estas afirmaciones pueden considerarse ciencia ficción tremendista, pero conviene no olvidar que muchas previsiones que se consideraron como tales son hoy perversa realidad.

3

De un mundo ahogado en la contaminación y sus propios residuos, en el que las gentes sobreviven corroídas por su degradación física, nos habla la obra de Harald Mueller (Memel, 1934), *La balsa de los muertos*. Quizás sea uno de los primeros textos de la literatura dramática en que se

aborda la cuestión ecológica, si bien lo hace en el tramo más trágico, cuando el cataclismo ya se ha producido y sus consecuencias afectan implacables al destino de la especie.

Del mismo modo que en el cine podemos descubrir un cierto trasfondo ecologista en numerosos filmes, es difícil hallar lo mismo en el teatro. ¿Podríamos atrevernos a pensar que algo de ello late en *El enemigo del pueblo* de Ibsen, con su manantial salutífero contaminado mientras las fuerzas vivas de la localidad pretenden ocultarlo; en *Gas* de Kaiser, en *Tío Vania* de Chejov. Seguramente se nos diría que traemos a primer término el asunto por los pelos. Realmente la preocupación por las agresiones al hábitat, el respeto hacia los animales, etc., son consecuencia de la revolución industrial y del capitalismo salvaje que hizo de la depredación ilimitada de los recursos su fundamentación, que ahora emerge con renovada agresividad. El sentimiento surgido contra aquellos desmanes y los que prosiguieron, produjo una reacción defensiva de tintes reaccionarios en ocasiones pero los más contenidos ciertamente progresista. No es posible pensar en un progreso auténtico si con ello destruimos el medio en el que crecemos y vivimos

y cuyo destino se confunde ineludiblemente con el nuestro.

La balsa de los muertos nos plantea la desesperada situación en que se encuentra el planeta en el año hipotético del año 2.050, por haberse dejado arrastrar a ese destino y provocado catástrofes químicas y nucleares: ¿No es algo así lo que lentamente estamos generando con la destrucción de la capa de ozono? Por supuesto que el texto posee una agónica contemporaneidad, tiene mucho de aviso premonitorio y nos impulsa a impedir que la fatalidad pueda cumplirse.

Hemos reunido aquí, además algunos materiales en torno al teatro y la ecología. Se trata fundamentalmente de aportaciones en el ámbito del teatro infantil y de la experiencia acometida en nuestro país por los responsables de ICONA y la compañía Zascandil, para generar a través del hecho escénico un estado de opinión contra los incendios forestales. No es mucho, pero nos ha parecido urgente abordar el tema que contará sin duda con nuevas aportaciones.

Cuentan los cazadores de ballenas que cuando hieren a una hembra, el macho siempre permanece a su lado e intenta reanimarla. A veces son catorce o dieciseis ballenas las que rodean a la herida, circunstan-

cia que aprovechan los balleneros para matar algunas más. Al sentimiento natural de la solidaridad se opone el asesino de la depredación. ¡Cómo no van a tener las ballenas mucho que ver con nosotros... como ejemplo!

El sonido de los álamos

Por José Ramón Fernández

Tal vez sea por su calidad de espacio irreal por lo que colocar una manzana sobre un escenario tiene el mismo efecto que si se colocase una bomba; por lo que evocar la tierra o el mar o los ríos sobre un escenario tiene el mismo efecto que el paso de un ciclón.

La tierra, el espacio abierto, ha tenido siempre para el teatro un cierto significado de verdad no evitable, de lugar que no puede ser manejado, de espacio superior a la escritura, y por ello mítico. Un espacio que supera a los personajes, que puede variar sus vidas, un demiurgo que coloca al hombre en su posición. No son comparables las escenas que transcurren entre paredes con las que transcurren a cielo abierto. No son las mismas palabras ni el mismo peligro. La literatura dramática que ha querido crecer ha optado muchas veces a lo largo de los siglos por abrirse a los espacios rurales, donde se encuentra lo que no se puede imitar, donde los hombres vuelven a estar a expensas de los dioses. Desde la tierra de Thebas, cuyas cosechas no dan fruto, cuyas mujeres están secas, hasta las tierras del Salnés que mueven el devenir de los personajes de Valle-Inclán como un dios hastiado y borracho, siglos de literatura nos advierten sobre lo que no podemos adivinar. La es-

critura escénica intenta una y otra vez acercarse a la esencialidad de los elementos: podemos recordar el *Mahabarta* de Brook, o el *Edipo* de Langoff. Casos raros. Casos que nos explican por qué unas palabras, «los hombres parten el pan con las manos. -Es verdad.», pueden llenar un escenario de olor a tierra caliente y rumor del aire en el trigo maduro. Y se nos olvidan las paredes.

Por supuesto, existe la ecología. Un movimiento reivindicativo que puede verse limitado en teatro a la propuesta de obras pedagógicas. Es un trabajo necesario, según corren los días se podría decir que imprescindible. El teatro puede servir para eso. Pero también podríamos plantearnos una reflexión dejando aparte la inmediatez. Me refiero al hecho de la ausencia de esos elementos fundamentales en los escenarios. Se usa una pistola, pero cuesta partir un trozo de pan con las manos. En el teatro de nuestros días parece que nunca hubiera existido el cielo. Tal vez tenemos miedo a que la realidad nos estalle entre las manos. Tal vez el primer gesto de respeto hacia la Naturaleza sea mencionarla.

Evocar el sonido del viento entre las hojas de los álamos sobre ese espacio irreal que es la madera de un escenario. Ese minuto puede valer mil tratados sobre la ternura.